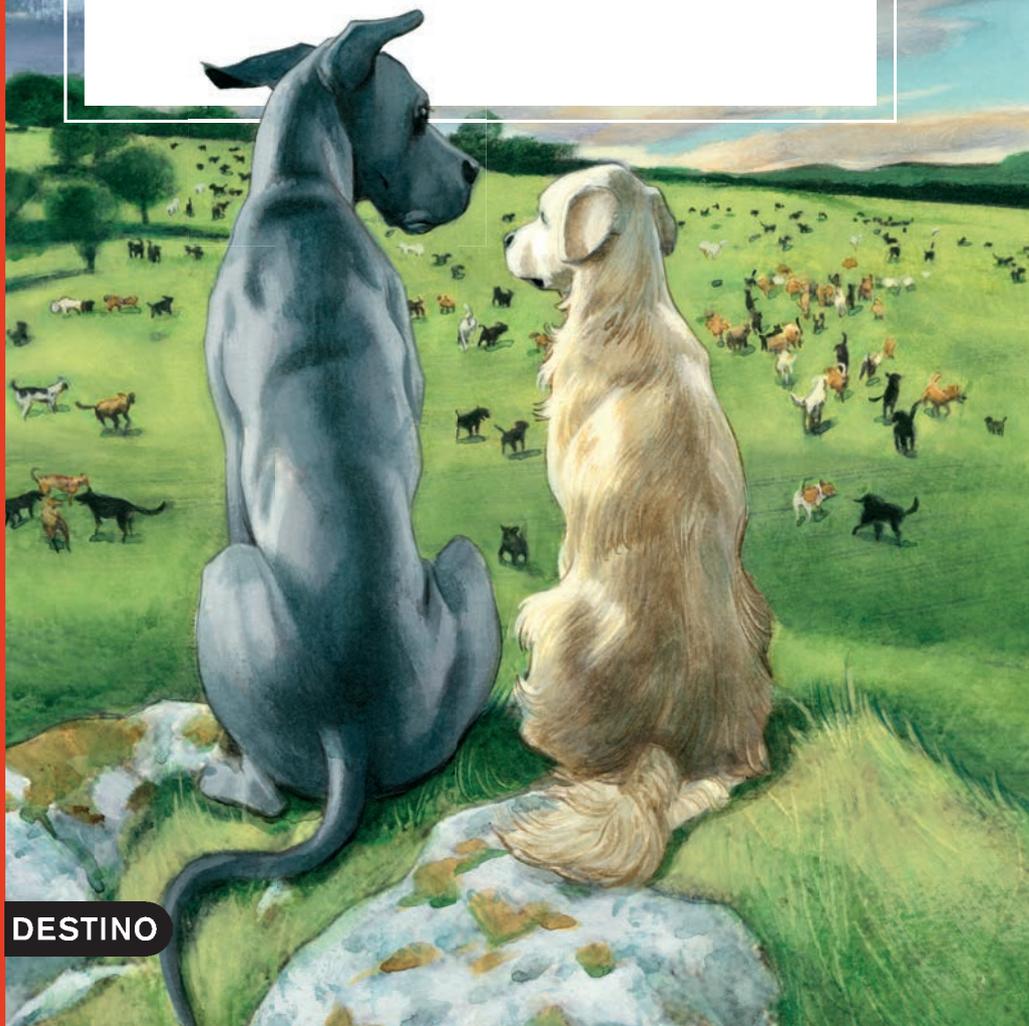


Un cuento a partir de la novela *Un perro*

Alejandro Palomas
Las dos orillas



Ilustraciones de Fernando Vicente



DESTINO

Alejandro Palomas

LAS DOS ORILLAS

Ilustraciones de

Fernando Vicente

© Alejandro Palomas, 2016

© Ilustraciones de Fernando Vicente, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Ilustración de la cubierta: © Fernando Vicente

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-233-5167-1
Depósito legal: B. 20.744-2016
Impreso por T.G. Soler
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Son las ocho y media y la mesa está servida: seis cubiertos, el mantel blanco de siempre, los platos, también blancos, y las copas de cristal muy fino, regalo de la abuela. Faltan las flores, porque Amalia ha vuelto a olvidarse de recogerlas al pasar por la floristería; pero la crema de verduras se calienta a fuego lento en la cocina y el pavo se dora, humeante, en el horno.

Hoy Amalia y sus hijos cenan en familia. Fer, el menor de los tres, está de cumpleaños —treinta y cinco años ya—, y, como ocurre desde que Amalia se divorció y se mudó a su nuevo apartamento de soltera, lo celebrarán juntos. Ella ocupará la cabecera. A su derecha se sentarán Emma —la mediana— y el propio Fer, y a la izquierda lo harán Silvia —la mayor— y John, su novio.





Cinco invitados.

Y seis cubiertos.

El cubierto de más, el de la cabecera que está junto al ventanal, es —tal como Amalia lo bautizó en su día— el de la Silla de las Ausencias.

Se llama así porque está reservada a la memoria de los que fueron familia y ya no están, y nadie la ocupa nunca. Amalia instauró esa costumbre poco después de empezar a vivir sola. Echaba tanto de menos a su madre, la difunta abuela Esther, que a veces le ponía un cubierto también a ella y así imaginaba que comían juntas.

Más adelante, incorporó esa costumbre a las celebraciones navideñas, y desde entonces el cubierto adicional en la mesa es una tradición que nadie cuestiona. Este año ha decidido por primera vez sumar también la Silla de las Ausencias a los cumpleaños.

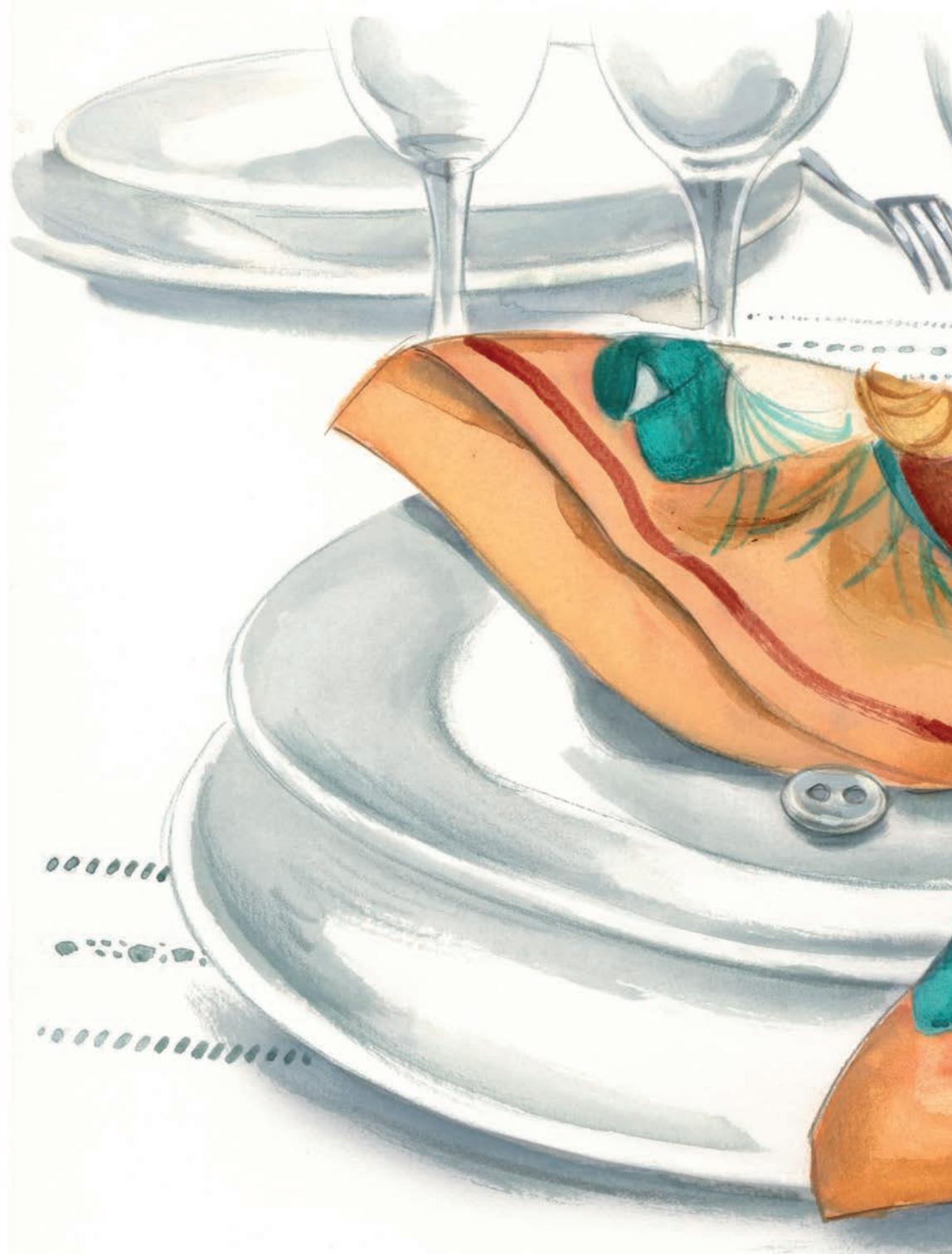
—Así todos tendremos nuestro día para dedicárselo a quien queramos —explicó después de ver la sorpresa que su propuesta había provocado en

sus hijos—. Será un poco como si viniéramos acompañados de un amigo especial.

En lo que llevamos de año, Amalia, Silvia y Emma han sentado ya en la Silla de las Ausencias a ese ser querido cuya pérdida les dolió en su momento, pero que ahora las acompaña bien porque cada una de ellas ha conseguido estar en paz con lo que conserva de quien ya se fue.

Amalia, como era de esperar, recuperó en su cena de cumpleaños a la abuela Esther, que no solo ha sido su mejor pérdida, sino que ahora es también su mejor compañía. Puso junto al plato vacío de la cabecera una foto en la que están ella y la abuela tumbadas y sonrientes en una playa. No hizo falta más.

Silvia, que cumple años en junio, fue la segunda. Sentó en la Silla de las Ausencias a una niña que no llegó a nacer, porque su embarazo, que fue el primero y también el último, finalmente se torció y terminó en duelo. Recordó a su niña dejando sobre el plato vacío un pequeño botón metálico





que, aunque nadie ha logrado nunca saber por qué, la une al recuerdo de su pequeña.

Para Emma, en cambio, la silla siempre estará ocupada por Sara, la mujer con la que estuvo a punto de casarse y a la que un desgraciado accidente se llevó de golpe, nublándoles la vida. Por eso, cuando en agosto llegó su cumpleaños y la familia se reunió para celebrarlo, ella cubrió el plato de la cabecera con el pañuelo en tonos rojos y ocres que todavía conserva de Sara.

En cuanto a Fer...

Fer no solo es el menor de los tres hermanos, sino también el último de la familia en cumplir años. Esta noche le toca hacer uso de la Silla de las Ausencias por primera vez y llega a la cena con sentimientos encontrados porque a día de hoy no tiene ninguna ausencia que llorar, al menos ninguna ausencia humana.

Su única muerte *propia*, o lo que es lo mismo, la única que hasta ahora le ha tocado de lleno, ha sido la de Max, el gran danés gris que murió hace

tres años y del que, por esas cosas del destino, no pudo despedirse. La mala suerte quiso que su muerte lo sorprendiera durante un fin de semana en que había viajado a Londres por trabajo y que le tocara a Amalia, que se había quedado a su cargo, lidiar sola con lo que ocurrió.

Cuando Fer volvió de viaje y supo la verdad, vivió el duelo por la muerte de Max en silencio, se encerró en sí mismo y no compartió su dolor con nadie. Esa situación solo cambió cuando Amalia, incapaz de ver sufrir a su hijo de aquel modo, lo convenció para que adoptara a Rulfo, un cachorro de golden retriever que ella había acogido temporalmente y con el que Fer comparte desde entonces su vida.

Fer nunca habla de Max, ni siquiera con Amalia. Él ha sido su gran pérdida, y Amalia lo sabe, como saben las madres tantas cosas que callan por mil y una razones que solo ellas entienden. Lo que Fer no sospecha es que, desde que Max murió, ella se siente culpable. Amalia vive con el peso de haber fallado a su hijo cuando él más la necesitaba.